

DOS PALABRAS.

ESTA publicacion no es un medio de lucro. Su poco mérito intrínseco, el número relativamente corto de ejemplares que de ella se ha tirado, la clase de trabajo y naturalmente el subido costo de la parte tipográfica, están revelando que no se pensó en una especulacion al publicar este pequeño volúmen.

Pero “¿es esto todo? ¿Fernandez ha empleado su vida en escribir cuatro poesías solamente?” Muchos, si no todos los lectores de estas páginas, se harán ambas maliciosas preguntas; y urbanidad, si acaso no deber, es el anticiparme á contestarlas.

Temprano cultivé la poesía y la abandoné muy temprano. De 1854 á 1862, en cuyo año escribí mi última composicion seria, he recorrido casi todos los géneros. Muchas de mis producciones he quemado; muchas conservo todavía, unas por haberme faltado el valor de condenarlas á igual suerte; otras porque juzgué que no la merecen en rigurosa justicia. Si esto fué vanidad, sirvame de disculpa la dificultad de conocerse á sí mismo y de juzgar con rectitud en asuntos propios.

Acriminado de apatía por mis amigos, instado por ellos, intenté con frecuencia coleccionar un tomo de poesías y publicarlo; pero, al poner manos á la obra, me descorazonó siempre su lectura y el necesario exámen que de ellas hice. Preciso era, sin embargo, tomar un partido, si mis vacilaciones habian de tener fin, y este es el que ahora adopto, dando á la prensa solo cuatro de mis obras, por no atreverme á exponer á la luz pública composiciones de menor mérito é interés y versos amorosos que, cuando los leo á mis solas, me hacen reir á veces y á veces suspirar.

Si mi país y el Estado de Guanajuato, en el que se halla mi cuna, no se avergüenzan de que estas cuatro poesías sean la obra de un hijo suyo, mi ambicion tendrá lo bastante para satisfacerse. Para aspirar á la gloria seria preciso subir mas alto.

JOSE FERNANDEZ.

México, Julio de 1873.

LAS BELLAS ARTES.


EN 1860 la Academia Nacional de San Carlos, por iniciativa del Sr. D. José Urbano Fonseca, regaló á la Escuela de Medicina de esta ciudad una magnífica estátua de mármol, que representa al médico San Lúcas, ejecutada *ex profeso* por el alumno de la misma Academia D. Martín Soriano.

La estátua pesa poco mas de ciento treinta arrobas; tiene cerca de nueve palmos de altura, incluso el plinto, y es la primera que en mármol de Carrara se ha esculpido en la República. El trozo de que fué extraida pesaba trescientas sesenta y siete arrobas, veinte libras.

Con motivo de la colocacion de la estátua, tuvo lugar en la Escuela, el 17 de Junio del mismo año, una fiesta musical y literaria, en la que el autor de estas poesías, invitado, como otros alumnos, por el director de aquel establecimiento, recitó la que lleva el título que encabeza esta nota. Fué impresa en los *Anales Mexicanos*, y la reprodujeron *La Sociedad* y algunos otros periódicos del interior.

LAS BELLAS ARTES,

ODA.

UNCA la lira mia,
Nunca el sueño arrulló del poderoso;
Jamás canté al guerrero
Que con el rojo acero
Conquista entre cadáveres horribles
Y carros y corceles
Los sangrientos laureles
Con que ciñe sus sienes orgulloso.
Canté al Señor, al Santo,
Canté á Naturaleza, el amor mio;
La gloria ahora de las Artes canto.

Señora de la tierra, hija del cielo,
Hermosa vírgen, sacra Poesía,

Tú que, bajando con ligero vuelo,
 Allá en mi primer día,
 Mecíste en la cuna blandamente;
 Tú que el fuego sagrado
 Infundiste benévola en mi frente;
 Tú que mi corazón latir hiciste
 De entusiasmo divino; tú que fuiste
 Mi amor, mi amor primero,
 Y el último serás; tú, Deidad bella,
 Escucha la voz mía que te llama;
 Las alas de oro tiende
 En el brillante azul del firmamento,
 De nuevo á mí descende;
 Ven y mi mente inflama,
 Despierta mi memoria,
 Da elocuencia á mi labio,
 Presta á mi acento fuerzas sobrehumanas,
 Para cantar con la templada lira
 Tu poder y tu gloria
 Y la gloria y poder de tus hermanas.

¡Me siento trasportado!
 Tiendo la mano, y se descorre el velo
 Con que los siglos cubren el pasado;
 Vuelvo do quier la vista, y aparecen
 Las antiguas ciudades:
 Del Egipto en las vastas soledades
 Mémpis, la altiva, asoma;
 Y, de Africa dejando las arenas,
 Veo en el Lacio la potente Roma,
 Veo en la Grecia la soberbia Atenas.

Mirad. . . . mirad sobre una blanca nube
 Esas bellas Deidades. . . .
 Es su frente espaciosa,
 Noble su rostro y su mirar sereno:
 Una apoya graciosa
 La lira de oro contra el blanco seno;
 Lleva aquella la flauta melodiosa;
 Esta la escuadra y el compás empuña;
 Aquella la paleta y los pinceles,
 Y la otra el martillo y los cinceles.

Tú, santa Poesía, tú inspiraste
 Al sublime poeta
 Que, durmiendo tranquilo
 En su cuna de mimbres, condujeron
 Las turbias aguas del sagrado Nilo.
 Tú inspiraste á Moisés cuando el enojo
 Cantó de Jehová grande y potente,
 Que á Pharaon soberbio y á su gente
 Sepultó en los abismos del Mar Rojo.
 Tú, tú inspiraste á Homero
 Cuando cantó la despedida triste
 De Andrómaca y Astyánax y Héctor fiero.
 Al percibir su voz, los dioses todos,
 Apoyada la mano en la mejilla,
 Atentos escuchaban,
 Llenos de grato asombro y maravilla,
 Y entre sí con asombro se miraban.
 Tú á Virgilio inspiraste
 Cuando cantara á la infelice Dido
 Llanto amargo vertiendo,

Las prendas al mirar del fementido;
 Su blanco pecho hiriendo
 Con la querida espada,
 Enviando al alto cielo una mirada,
 Para buscar en él la luz postrera,
 Gimiendo al verla, y, al gemir, muriendo.
 A tí deben su gloria
 Dante sublime y el Petrarca y Tasso;
 A tí la debe Herrera,
 A tí Leon y el tierno Garcilaso.

Diosa de la armonía,
 Música celestial, tu dulce idioma
 La lengua universal es de natura:
 Lo hablan los campos al brillar el día
 Tras de la noche oscura;
 Las hojas, los insectos y los pájaros
 Del monte en la espesura;
 Lo hablan con sus bramidos
 Las crespas olas de la mar bravía.

Lleno de inspiracion, el tracio Orfeo
 Allá en los bosques canta,
 Y detienen los rios su corriente,
 Y sumisas las fieras
 Van siguiéndole y rugen blandamente.
 Resuenan armoniosos
 De Rossini y Bellini,
 De Donizetti y Verdi los acentos;
 Salvan las cumbres de la hermosa Italia;
 Cual ruiñeñor que en el verjel gorgea,
 Los repiten los vientos,

Y, en éxtasis profundo,
 Absorto calla y los escucha el mundo!

¿Qué son esos gigantes
 Que en el ardiente y arenoso suelo
 Del Egipto se elevan arrogantes,
 Desafiando al cielo?....
 ¿Qué son aquellas moles portentosas,
 Y esos arcos soberbios y ese templo
 Y esas inmensas ruinas
 Que en la ciudad de Rómulo contemplo?....
 Son tus obras, sublime Arquitectura;
 Las Pirámides son, son los sepulcros
 Que altivos Pharäones levantaron;
 ¡Ay! y en ignotas tumbas descansaron!
 Esos muros que veo
 En la suntuosa Roma,
 Los muros son del ancho Coliseo;
 Esa orgullosa cúpula, que eleva
 A las nubes su frente,
 De Pedro el pescador los restos cubre.

Sublime Arquitectura,
 Tú al hombre has enseñado
 A ser digno rival de la Natura:
 Alza ella la cúpula del cielo,
 Cuya extension espanta;
 Él bóvedas altísimas levanta:
 Ella labra sus cedros y sus pinos;
 Él columnas de mármol y alabastro:
 Ella formó cavernas en las rocas;
 Él las cavernas convirtió en caminos:

Ella elevó los montes gigantescos
 Que limitan do quier los horizontes;
 Él elevó pirámides y puentes
 Que encadenan los montes con los montes.

Tú, Pintura divina, al hombre diste
 Pinceles y colores,
 Y sobre el tosco lienzo
 Retrata el hombre los hermosos campos
 Con sus rocas, sus árboles y flores.

De la naturaleza
 El velo levantando, que la oculta
 A los ojos profanos,
 Fija el pintor en ella sus miradas
 Y, sorprendiendo astuto sus arcanos,
 Reproduce sus gracias y belleza:
 Pinta Zéuxis los frutos del otoño,
 Y las aves del cielo
 A picarlos descenden engañadas.
 Pinta Apeles la imájen de Alejandro;
 El gallardo corcel de aquel guerrero
 La mira, se adelanta,
 Tasca el freno espumoso,
 La cabeza levanta,
 Relincha suavemente cariñoso,
 Y el suelo escarba con la dura planta.

¡Rafael, Miguel Angel! vuestras manos
 Hoy polvo inerte son; mas vuestra gloria
 El sepulcro no encierra:
 Los siglos desaparecen y ella vive,
 Y viven vuestras obras para siempre,

Derramando su luz sobre la tierra.
 Sucumben los tiranos,
 Sucumben los guerreros,
 Que en sangre lavan las sangrientas manos;
 Muere el conquistador que osado quiere
 Dominar sobre escombros, ambicioso;
 Pero el genio no muere,
 Eterno vive, grande y poderoso.

Mirad á la Escultura,
 Mirad allí sus portentosas obras,
 Y miradla animar su propia hechura.
 De Grecia y Roma los antiguos dioses
 A la nada volvieron,
 De su existencia sin dejar señales:
 Phidias y Praxiteles
 Dioses humanos fueron,
 De mortales haciéndose inmortales.
 Esa roca de mármol
 En las entrañas de la tierra estaba
 Informe y escondida;
 De Vilar y Soriano los cinceles
 Las bellas formas diéronle y la vida.

Mirad allí al apóstol,
 Historiador sublime y elocuente;
 Mirad cuál brilla el genio
 En la serena y despejada frente;
 Ved su erguida cabeza,
 La grave majestad de su semblante,
 De su ademan la gracia y la nobleza:
 Paréceme que veo, y ya vacilo

—Que el arte puede tanto—

Paréceme que veo
Su muerto pecho respirar tranquilo
Y moverse la túnica y el manto
Y temblar en sus dedos el estilo.

Ven, artista, á mirar tu criatura,
El Adán que de barro tú formaste;
Falta á tu obra, no mas, aquel aliento
Que solo darle puede
El que extendió en el aire el firmamento,
El que formó la luz con su mirada,
El que sacó á tu genio de la nada.

¡Artistas, adelante!

De la inmortalidad seguid la senda:
Son áridas y estrechas las pendientes
Que conducen al fin de la alta cumbre;
Pero el laurel allí de la victoria
Ceñirá vuestras frentes.
Verán allí los siglos venideros
Vuestros nombres gloriosos
Que con diamantes ornará la Historia.
Seguid, seguid hermanos,
Cumplid vuestro destino;
Otros antes os dieron el ejemplo.
Dejadme abandonado en el camino,
Subid vosotros al excelso templo.

México, Junio 17 de 1860.

A ESPAÑA.

UNA antigua nacion que habia sido la cepa de la mexicana, otra cuyos súbditos residentes en México simpatizaban con los hijos del país por ciertos rasgos comunes en el carácter y el espíritu, y una tercera que á menudo se ha distinguido por su circunspeccion y prudencia en comprometerse en aventuradas empresas, se ligaron contra la República, no sabemos para qué (si bien es verdad que tampoco ellas, al menos dos, lo supieron á tiempo, á juzgar por el desacuerdo que pronto las dividió), y resolvieron obrar con las armas contra su débil víctima.

España, sea por un mero alarde de su fuerza, sea porque esperó que tomando la delantera, encontraria oportunidades de ejercer cierto predominio sobre la que fué su colonia, no aguardó á sus aliadas cerca de Veracruz como estaba estipulado, y el 15 de Diciembre de 1861 tomó posesion de la desguarnecida plaza y del desmantelado castillo de Ulúa.

No extinguidos aún los amargos recuerdos de la dominacion española, avivados otra vez por ese amago á la independencian nacional; gritos de indignacion se levantaron en todo el suelo mexicano, y la siguiente poesia no fué mas que uno de ellos.

Publicada por *El Siglo XIX* en Enero de 1862, una gran parte de los periódicos de la República le acordó bondadosamente los honores de la reproduccion.

Si hoy alguno de nuestros lectores la encuentra demasiado vehemente, no discutiremos con él; pero sí le traeremos á la memoria que fué escrita durante la guerra infuca que la intervencion europea hizo á México, y mexicano quien la escribió.